

Romeo y Julieta

William Shakespeare

PERSONAJES

1. BENVOLIO. ESCALANTE.
2. MERCUCIO. ADRIÁN FLORES.
3. NODRIZA. MIRANDA VALLE.
4. PEDRO. FRANCISCO LUIS.

Escena IV

(Una calle. Entran BENVOLIO y MERCUCIO.)

MERCUCIO. ¿Dónde diablos puede estar ese Romeo? ¿No ha entrado en su casa esta noche?

BENVOLIO. No ha estado en la de su padre; yo hablé con su criado.

MERCUCIO. ¡Ah! Esa criatura sin corazón, esa pálida Rosalina, le atormenta de tal modo, que, de seguro, perderá la razón.

BENVOLIO. TEBALDO, el sobrino del viejo Capuleto, ha enviado una carta a casa de su padre.

MERCUCIO. Un cartel de desafío, pongo mi vida.

BENVOLIO. Romeo contestará a él.

MERCUCIO. Todo el que sabe escribir puede, contestar una carta.

BENVOLIO. Cierto, responderá al autor de ella, desafío por desafío.

MERCUCIO. ¡Ay, pobre Romeo! Ya está muerto. Apuñaleado por los negros ojos de una blanca beldad, herido el oído con un canto de amor, ingerida en el mismo centro del corazón una saeta del pequeño y ciego arquero, ¿es hombre en situación de hacer frente a TEBALDO?

BENVOLIO. ¡Eh! ¿Quién es TEBALDO?

MERCUCIO. Más que un príncipe de gatos, os lo puedo afirmar. ¡Oh! Es el formidable campeón de la cortesía. Se bate como el que modula una canción musical: guarda el compás, la medida, el tono; os observa su pausa de mínima, una, dos, y la tercera en el pecho. Os horada maestramente un botón de seda: un duelista, un duelista, un caballero de la legítima, principal escuela, que en todo funda su honor. Sí, el sempiterno pase, la doble finta, el ¡aah!

BENVOLIO. ¿El qué?

MERCUCIO. ¡Al diablo esos fatuos ridículos, pretenciosos media lenguas, esos modernos acentuadores de palabras! -*¡Por Jesús, una hoja de primera! ¡Una gran talla! ¡Una liebre exquisita!* -Di, abuelo, ¿no es una cosa deplorable que de tal modo nos veamos afligidos por esos exóticos moscones, esos traficantes de modas nuevas, esos *pardonnez-moi*, tan aferrados a las formas del día, que no pueden sentarse a gusto en un viejo escabel? ¡Oh! *¡Sus bonjours, sus bonsoirs!*

(*Entra ROMEO.*)

BENVOLIO. Ahí viene Romeo, ahí viene Romeo.

MERCUCIO. Enjuto, como un curado arenque. -¡Oh, carne, carne, en qué magrez te has convertido! -Vedlo; alimentándose está con las cadencias que fluían de la vena de Petrarca. Laura, en comparación de su dama, era sólo una fregona; sí, pero tenía más hábil trovador por apasionado, Dido, una moza inculta; Cleopatra, una gitana; Helena y Hero, mujeres de mal vivir, unas perdidas; Tisbe, unos azules ojos o cosa parecida, pero sin

alma. -¡Señor Romeo, *bon jour!* Éste es un saludo francés a vuestros franceses pantalones. Anoche nos la pegasteis de lo lindo.

ROMEO. Buenos días, señores. ¿Qué cosa os pegué?

MERCUCIO. La escapada, querido, la escapada; ¿no acabáis de comprender?

ROMEO. Perdón, buen Mercucio, tenía mucho que hacer y, en un caso como el mío, es dable a un hombre quebrar cumplidos.

MERCUCIO. Esto equivale a decir que un caso como el vuestro fuerza a un hombre a quebrar las corvas.

ROMEO. En el sentido de cortesía.

MERCUCIO. Con sumo favor la aplicaste.

ROMEO. Manifestación cortés en extremo.

MERCUCIO. Sí, yo soy de la cortesía el punto supino.

ROMEO. Punto por flor.

MERCUCIO. Exactamente.

ROMEO. Pues entonces mis zapatos están bien floreados.

MERCUCIO. Deducción cabal: prosíguenos esta punta de agudeza hasta que hayas usado tus zapatos y, de este modo, cuando, por efecto del uso, no exista la suela, quizás quede la punta, que será sola en su especie.

ROMEO. ¡Oh! ¡Fútil agudeza, singular únicamente por su propia singularidad!

MERCUCIO. Interponte entre nosotros, buen Benvolio; mi vena se agota.

ROMEO. Vara y espuelas, vara y espuelas; o pediré que me apareen otro.

MERCUCIO. No, si tu ingenio empeña la caza del ganso silvestre, por perdido me doy; pues más de silvestre ganso tienes tú seguramente en un

sólo sentido que yo en los cinco míos. ¿Hacía yo el ganso contigo?

ROMEO. Jamás te has reunido conmigo para hacer de otra cosa que de ganso.

MERCUCIO. Voy a morderte en la oreja por ese chiste.

ROMEO. No, buen ganso, no muerdas.

MERCUCIO. Tu gracejo es como una manzana agria; tiene un sabor muy picante.

ROMEO. ¿Y no es sazón a propósito para una gansa dulce?

MERCUCIO. ¡Oh! He aquí un chiste de piel de cabra; elástico, en su ancho, desde una pulgada hasta cerca de una vara.

ROMEO. Le doy todo el largo a esa voz *ancho*, que, añadida a ganso, te hace, a lo ancho y a lo largo, un ganso solemne.

MERCUCIO. Vaya, ¿no vale más esto que estar exhalando quejumbres de amor? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo, ahora te muestras cual eres por índole y educación. Créeme, ese imbécil amor es un gran badulaque que, con la boca abierta, anda corriendo de un lado a otro para ocultar su pequeño maniquí en un agujero.

BENVOLIO. Detente ahí, detente ahí.

MERCUCIO. Quieres cortarme la palabra de un modo brusco.

BENVOLIO. De proseguir, hubieras eternizado tu historia.

MERCUCIO. ¡Oh! Te engañas, la hubieras acortado; pues había tratado la materia a fondo y no tenía ciertamente intención de prolongar el argumento.

ROMEO. ¡He ahí un hermoso aparejo!

(*Entran la NODRIZA y PEDRO.*)

MERCUCIO. ¡Una vela, una vela, una vela!

BENVOLIO. Dos, dos; un pantalón y una saya.

NODRIZA. ¡Pedro!

PEDRO. Mandad.

NODRIZA. Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO. Dáselo, por favor, buen Pedro, para que oculto la faz; de las dos, vale más la de su abanico.

NODRIZA. Buenos días os dé Dios, señores.

MERCUCIO. Él os dé buenas tardes, gentil dama.

NODRIZA. ¿Es ya tarde realmente?

MERCUCIO. Nada menos, os lo afirmo; la libre mano del cuadrante marca la puesta del sol.

NODRIZA. ¡Quitad allá! ¿Qué hombre sois?

ROMEO. Uno, señora, que Dios creó para echarse él mismo a perder.

NODRIZA. Bien contestado, por vida mía. -¿No ha dicho para perderse él mismo? -Señores, ¿puede alguno de vosotros indicarme dónde es dable hallar al joven Romeo?

ROMEO. Yo puedo informaros; pero el joven Romeo, hallado que sea, será más viejo de lo que era al tiempo de andar vos en su busca. Yo soy el más joven de ese nombre en defecto de otro peor.

NODRIZA. Decís bien.

MERCUCIO. ¿Sí? ¿Lo peor bien? El bien tomar, a fe mía. Juiciosa, juiciosamente.

NODRIZA. Si sois Romeo, señor, deseo conferenciar con vos.

BENVOLIO. Quiere invitarle a alguna cena.

MERCUCIO. ¡Una intrigante, una intrigante, una intrigante! ¡Hola! ¡Eh!

ROMEO. ¿Qué has hallado?

MERCUCIO. Ninguna liebre, querido, si no es una liebre en un pastel de Cuaresma, rancio y mohoso antes de ser acabado.

(Cantando.)

*Liebre, aunque dura y picada, Añeja liebre pasada,
En Cuaresma es de comer;
Pero una que el moho ostenta Y de vejez
pierde cuenta
No es plato para un doncel.*

Romeo, ¿vendréis a casa de vuestro padre? A la hora de comer estaremos allí.

ROMEO. Iré a reunirme con vosotros.

MERCUCIO *(Cantando.)* Adiós, vieja dama; adiós, señora, señora, señora

(Vanse MERCUCIO y BENVOLIO.)

NODRIZA. ¡Vaya, adiós! -¿Queréis decirme, señor, quién es ese mozo insolente, tan lleno de malicia?

ROMEO. Un hidalgo, nodriza, que gusta escucharse a sí propio y que dice más en un minuto de lo que aguantaría oír en un mes.

NODRIZA. Si osa decir algo en contra mía, doy con él en tierra, aunque sea más fornido de lo que aparenta; con él y veinte jaquetones de su ralea. Y si no puedo, encontraré quienes puedan. ¡Ruín tunante! No soy ninguno de sus gastados estuches, ninguna de sus compañeras de puñal. -Y tú también, ¿es justo que estés ahí y permitas que todo bellaco abuse de mí a su placer?

PEDRO. A nadie he visto abusar de vos a su placer; si visto lo hubiera, mi tizona habría salido a relucir prontamente, os lo aseguro. Yo desenvaino con igual presteza que otro cuando veo la ocasión de una buena riña y el favor está de mi parte.

NODRIZA. En este momento, Dios me es testigo, siento tal vejación, que todo el cuerpo me tiembla. ¡Ruin bellaco! -Permitidme una palabra, caballero. Como ya os dije, mi señorita me ha enviado a buscaros. -Lo que me ha prevenido hacer presente, lo guardaré para mí hasta tanto me digáis si tenéis la intención de conducirla al paraíso de los locos, como dice el vulgo. Éste sería un muy villano proceder, como el vulgo dice; pues la señorita es joven, y por lo tanto, si usarais de doblez con ella, sería en verdad una cosa indigna de ponerse en planta con una doncella noble, sería ejercitar una acción bien torpe.

ROMEO. Nodriza, di bien de mí a tu señorita, a tu dueña. Te juro...-

NODRIZA. ¡Buen corazón! Sí, bajo mi palabra, la diré todo eso. Señor, señor, se va a llenar de júbilo.

ROMEO. ¿Qué intentas decirla, nodriza? No me prestas atención.

NODRIZA. La diré, señor... -que juráis; lo que, para mí, equivale a prometer como hidalgo.

ROMEO. Dila que busque el medio de ir a confesión esta tarde; y que en el convento, en la celda de Fray Lorenzo, quedará confesa y casada. Toma por tu trabajo.

NODRIZA. No, en verdad, señor; ni un ochavo.

ROMEO. Vaya, digo que lo tomes.

NODRIZA. ¿Esta tarde, señor? Corriente, allí estará.

ROMEO. Y tú, buena nodriza, aguarda detrás del muro de la abadía: dentro de una hora mi criado irá a reunirse contigo y te llevará una escala de cuerda, cuyos cabos, en la misteriosa noche, me darán ascenso, al

pináculo de mi felicidad. ¡Adiós! Sé fiel y recompensaré tus servicios.
¡Adiós! Ponme bien con tu señora.

NODRIZA. ¡Que el Dios del cielo te bendiga! -Una palabra, señor.

ROMEO. ¿Qué dices, cara nodriza?

NODRIZA. ¿Es discreto vuestro criado? ¿No habéis oído decir que, de dos personas, una sobra para guardar un secreto?

ROMEO. Mi criado es tan fiel como el acero, yo te lo garantizo.

NODRIZA. Bien, señor, mi ama es la mas dulce criatura. -¡Señor, señor!
-Aún era una pequeña habladora. -¡Oh! -Hay en Verona un caballero, un tal Paris, que de buen grado la echaría el anzuelo; pero ella, la buena alma, gustara tanto de ver a un sapo, a un verdadero sapo, como de verle a él. Yo la desespero a ocasiones diciendola que Paris es el galán más donoso; pero, creedme, cuando la digo esto se pone tan blanca como una cera. Romero y Romeo ¿no, comienzan los dos por la misma letra?

ROMEO. Sí, nodriza, ¿a qué esto? ambos con una R.

NODRIZA. ¡Ah, burlón! Ese es el nombre del perro. *R* es para el perro. No; sé que el principio es otra letra: de él, de vos y de Romero, ha formado ella la más linda composición; sí, bien os haría el oírla.

ROMEO. Di bien de mí a tu señora.

(Se marcha.)

NODRIZA. Sí, mil y mil veces. -¡Pedro!

PEDRO. ¡Presente!

NODRIZA. Pedro, toma mi abanico y marcha delante.

(Vanse.)